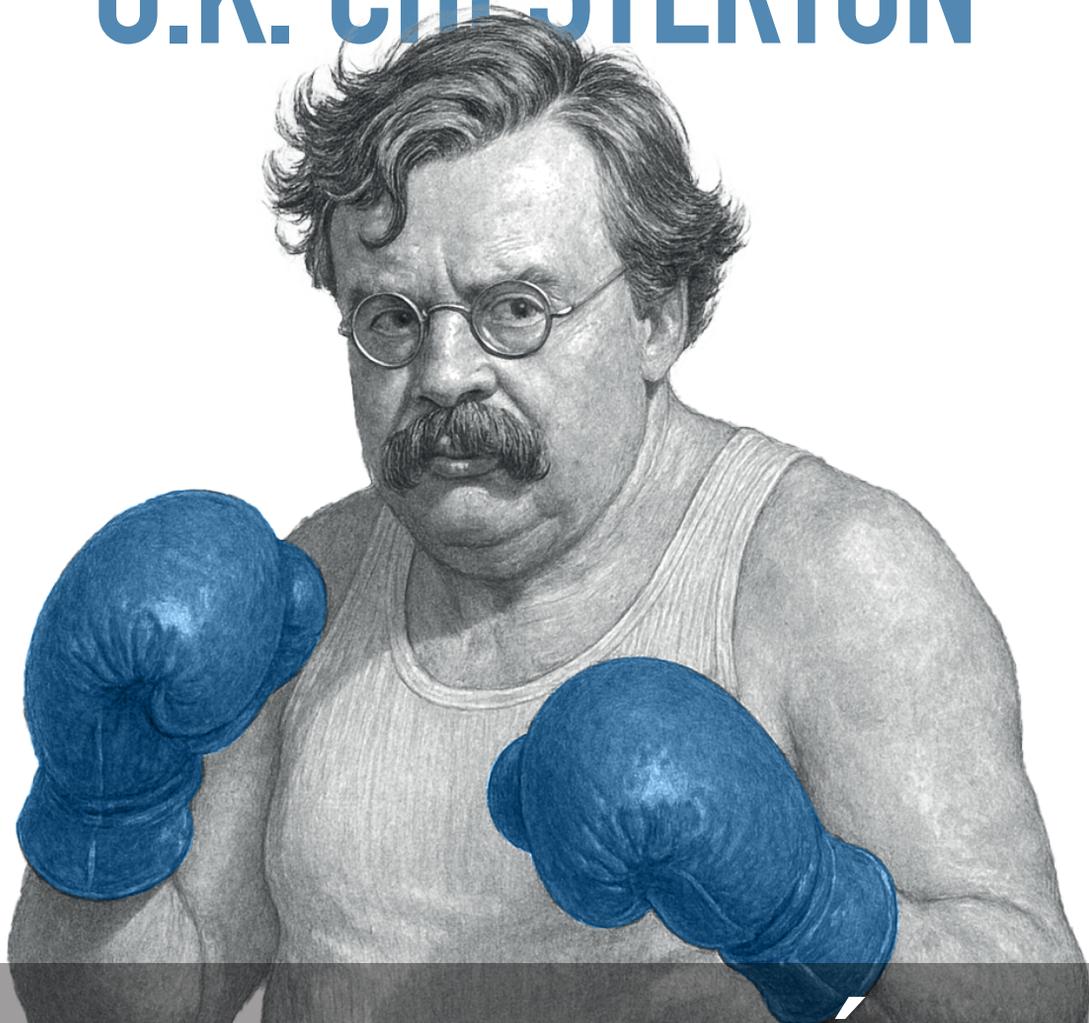


G.K. CHESTERTON



LA SUPERSTICIÓN DEL ESCEPTICO

POLÉMICAS Y DEBATES FILOSÓFICOS



G. K. Chesterton

La superstición del escéptico

Polémicas y debates filosóficos

*Edición y traducción de
Miguel Ángel Romero Ramírez*



© Ediciones Encuentro S.A., Madrid 2025
Edición y traducción de Miguel Ángel Romero Ramírez
Revisión de Vicente Niño Orti

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos.

Colección Nuevo Ensayo, nº 168

Fotocomposición: Encuentro-Madrid

Impresión: TG-Madrid

ISBN: 978-84-1339-230-1

Depósito Legal: M-9488-2025

Printed in Spain

Para cualquier información sobre las obras publicadas o en programa
y para propuestas de nuevas publicaciones, dirigirse a:

Redacción de Ediciones Encuentro

Conde de Aranda 20, bajo B - 28001 Madrid - Tel. 915322607

www.edicionesencuentro.com - info@edicionesencuentro.com

ÍNDICE

Presentación.....	7
A MODO DE PRÓLOGO. Contra escépticos.....	13

PRIMERA PARTE. DEBATES

Chesterton vs. Coulton	21
La superstición del escéptico	29
Correspondencia	45
Chesterton vs. Shaw.....	73
El futuro de la religión.....	77
Chesterton vs. Russell.....	101
¿Quién debería educar a nuestros hijos?	105
Chesterton vs. Blatchford.....	119
Cristianismo y racionalismo	125
Por qué creo en el cristianismo.....	133
Milagros y la civilización moderna	141
El heroísmo eterno de los barrios bajos	147

SEGUNDA PARTE. POLÉMICAS

La cultura y el peligro eminente.....	161
¿Los artistas se están volviendo locos?	175
Lo que está bien en el mundo	189

La era de la razón	201
El objetivo religioso de la educación.....	211
TERCERA PARTE. ENTREVISTA	219
Entrevista	223
A MODO DE EPÍLOGO. Dios y la inteligencia	231

PRESENTACIÓN

En el presente libro ofrecemos al lector una selección de debates, controversias, entrevistas y polémicas, elegida no solo por su carácter inédito, sino, sobre todo, por su profundo matiz filosófico. Es bien sabido que Chesterton se lanzaba al debate y la controversia con una espontaneidad casi innata; bastaba con una ligera provocación para que naciera de él una réplica aguda o, incluso, un libro completo. Así, su obra cumbre, *Ortodoxia* (1908), surge como respuesta a una crítica de G. S. Street. Del mismo modo, *El hombre eterno* (1925) —del cual conmemoramos su centenario— responde a la interpretación equivocada de la historia de la humanidad de H. G. Wells, autor a quien Chesterton ya había refutado en *Herejes* (1905), obra que no deja incólume a ninguno de sus contemporáneos.

En el núcleo del pensamiento de Chesterton encontramos siempre una inquietud viva, una necesidad inaplazable de responder cuando algo no resuena con la verdad. Para él, la búsqueda de la verdad no era una simple opción intelectual, sino una vocación existencial. Chesterton no podía quedarse callado ante una falsedad o una omisión; al tocar la fibra de la verdad, su espíritu se estremecía y sentía la urgencia de intervenir. Podríamos imaginar al escritor inglés como un niño en clase, que al menor atisbo de falsedad en algún comentario de un compañero levanta la mano

con entusiasmo y espíritu de contradicción, repitiendo: «¡Pero... pero... pero...!», estirándose para ser visto por su maestra.

Este espíritu dispuesto a debatir, con sinceridad y respeto, se refleja en sus escritos. Con todo, el mundo moderno, según el escritor inglés, no sabe bien de este espíritu de la controversia. En el capítulo 3 de *Lo que está mal en el mundo* (1910), afirma:

La auténtica controversia, las disputas sinceras delante de un público normal, se ha convertido en algo muy raro en nuestra época. Pues el auténtico polemista es por encima de todo un buen oyente. El entusiasta realmente ardiente nunca interrumpe; escucha los argumentos del enemigo con tan buena disposición como un espía escucharía los planes del enemigo. Pero si tratamos de discutir en serio con un periódico moderno de política de la oposición, descubriremos que no se admite ningún término medio entre la violencia y la evasión. No tendremos más respuesta que la vulgaridad o el silencio. Un editor moderno no debe tener el oído atento que acompaña a una lengua honesta. Puede ser sordo y mudo; y a eso se le llama «dignidad». O puede ser sordo y ruidoso; y a eso se le llama «periodismo mordaz»¹.

Esta reflexión sobre la naturaleza de la controversia moderna resuena con fuerza en la actualidad, donde las disputas públicas a menudo se polarizan entre la agresión y la evasión, dejando poco espacio para la sincera disputa. Chesterton ya vislumbraba los peligros de una sociedad en la que el debate genuino era reemplazado por la violencia verbal o el silencio, un tema que también explora en una columna del *Illustrated London News* (9 de marzo de 1929):

La gente generalmente se pelea porque no puede debatir. Y es extraordinario notar cuán pocas personas en el mundo moderno saben debatir. Por eso hay tantas peleas que estallan una y otra vez, sin llegar nunca a una conclusión natural.

¹ G. K. Chesterton, *Lo que está mal en el mundo*, Acantilado, Barcelona 2008, pp. 28-29.

Este diagnóstico se entrelaza con sus memorias en su *Autobiografía* (1936), en las que recuerda con cariño las discusiones interminables con su hermano Cecil: «Me alegra pensar que no dejamos de discutir en todos aquellos años y que no reñimos ni una sola vez»². Aquí subraya una idea crucial: las polémicas no son negativas, sino que pueden ser un medio para estrechar lazos, siempre que se mantenga el respeto y el deseo de entender al otro. Ejemplo de esto es la amistad ferviente y el combate intenso entre Chesterton y G. B. Shaw.

Chesterton era, sin duda, un maestro de la controversia. Su estilo, como bien se sabe, es complejo, paradójico, circular y profundamente metafórico. No se detenía en los detalles superficiales, sino que apuntaba al corazón del tema, a la infraestructura intelectual y espiritual que sostiene una época, una corriente o un autor. Su capacidad para iluminar verdades universales a partir de ejemplos concretos, a menudo anecdóticos, lo convierte en un escritor desafiante, pero gratificante. Sin embargo, para el lector contemporáneo, esta aproximación puede ser desconcertante, ya que Chesterton presenta ideas brillantes sin explicitar siempre los pasos que lo conducen a ellas.

Es precisamente esta riqueza de pensamiento lo que hace que el lector actual deba abordar su obra con atención y paciencia, dispuesto a descubrir las conexiones profundas que Chesterton establece entre lo particular y lo universal. A diferencia de autores como, por ejemplo, Coulton y Russell, profesores de Cambridge, con quienes debate, Chesterton prefiere condensar sus argumentos en proposiciones sintéticas, aforísticas o metafóricas, dejando mucho del desarrollo intelectual tras bambalinas. Esto es un reto, pero también una invitación a la reflexión.

En este sentido, las introducciones que he incluido buscan ofrecer una guía breve y sencilla, preparando al lector para

² G. K. Chesterton, *Autobiografía*, Acantilado, Barcelona 2003, p. 224.

adentrarse en los debates de Chesterton. No pretenden ser análisis exhaustivos ni estudios críticos, sino meras orientaciones para que el lector se sumerja de lleno en las palabras y en el pensamiento del autor, descubriendo por sí mismo la inmensa riqueza filosófica que sus escritos encierran. Con todo, no se trata tanto de explicar a Chesterton, sino de permitir que sea Chesterton quien nos explique el mundo, con sus paradojas, su agudeza y, sobre todo, su inquebrantable fe en la capacidad humana para maravillarse ante la verdad.

Miguel Romero

A MODO DE PRÓLOGO

CONTRA ESCÉPTICOS¹

Lo que las personas modernas necesitan entender es que todo argumento parte de un primer principio o una suposición, es decir, de algo que no se cuestiona. Por supuesto, si lo prefieren, pueden poner en duda esa suposición al inicio de su argumento, pero entonces estarían comenzando un argumento diferente con otra suposición. Todo argumento comienza con un dogma infalible, y este solo puede ser disputado apelando a otro dogma infalible. Nunca se puede demostrar la afirmación inicial, o de lo contrario no sería la primera. Esto es el abecé del pensamiento.

Y tiene una cualidad especial y positiva: puede enseñarse en una escuela, como se enseña cualquier otro abecedario. Enseñar a no comenzar un argumento sin establecer los postulados podría ser parte del curso de filosofía, de la misma forma en que se enseña Euclides: en una clase común con una pizarra. Creo que esto podría transmitirse de manera sencilla y razonable a los jóvenes, antes de que salgan al mundo y queden completamente entregados a la lógica y la filosofía de nuestro tiempo.

Gran parte de nuestra confusión sobre la religión y la duda se debe a esto: nuestros escépticos modernos siempre empiezan

¹ Artículos aparecidos en el *Daily News*, los días 22 de junio y 17 de agosto de 1907.

diciéndonos en qué no creen. Pero incluso con un escéptico, primero queremos saber en qué sí cree. Antes de debatir, queremos saber sobre qué no necesitamos discutir. Esta confusión se agrava aún más por el hecho de que los escépticos de nuestro tiempo lo son en distintos grados de escepticismo.

Ahora bien, ustedes y yo tenemos, espero, una ventaja sobre esos nuevos y brillantes filósofos: por suerte, no estamos locos. Todos creemos en la Catedral de San Pablo; la mayoría cree también en san Pablo. Pero dejemos claro un hecho: creemos en una serie de cosas que son parte de nuestra existencia, pero que no se pueden demostrar. Dejemos de lado la religión por un momento. Todos los hombres cuerdos creen firme e inalterablemente en una serie de cosas que no están probadas y que no se pueden demostrar. Las expongo de manera general:

1. Todo hombre sensato cree que el mundo que lo rodea y las personas que lo habitan son reales, y no una ilusión o un sueño de su propia mente. Ningún hombre incendia Londres creyendo que su sirviente en cualquier momento lo despertará para traerle el desayuno. Sin embargo, el hecho de que en cualquier momento no esté soñando es algo que no está probado y es imposible de probar. Que exista algo aparte de mí mismo es, igualmente, indemostrado e indemostrable.

2. Todos los hombres cuerdos creen que este mundo no solo existe, sino que tiene importancia. Cada persona asume que hay una obligación de interesarse por esta vida. Consideraríamos equivocada a una persona que dijera: «No pedí participar en esta farsa y me aburre. Sé que una anciana está siendo asesinada abajo, pero me voy a dormir». Que exista un deber de mejorar lo que no hemos creado es algo que no está probado ni se puede demostrar.

3. Todos los hombres cuerdos creen que existe un «yo», o un ego, que es continuo. No queda un solo milímetro de mi materia cerebral igual al de hace diez años. Pero si salvé a un hombre en una batalla hace diez años, me siento orgulloso; si hui, me avergüenzo.

Que exista este «yo» esencial es algo que no está probado ni es demostrable. De hecho, muchos filósofos lo cuestionan abiertamente.

4. Finalmente, la mayoría de los hombres sensatos creen, y todas las personas cuerdas asumen en la práctica, que tienen el poder de elegir y son responsables de sus acciones.

Seguramente sería posible formular una declaración sencilla y clara como la anterior, para que las personas aclaren su propia posición. Y si a los estudiantes no les dejan, por ahora, recibir enseñanza religiosa, al menos se les debería enseñar de manera clara y firme las tres o cuatro certezas fundamentales del verdadero pensamiento humano.

Ahora bien, contaré una historia. Había una vez un niño pequeño que vivía en un jardín donde se le permitía recoger las flores, pero le estaba prohibido arrancarlas de raíz. Sin embargo, había una planta en particular, insignificante, algo espinosa, con una pequeña flor en forma de estrella, que deseaba arrancar de raíz. Sus tutores eran personas dignas y formales, y le daban razones para que no lo hiciera. Generalmente, eran razones obvias. Pero ninguna de las razones en contra de hacerlo era tan tonta como la que tenía el niño para querer arrancarla, ya que su argumento era que la Verdad exigía que la arrancara de raíz para ver cómo crecía.

A pesar de todo, era una casa soñolienta y despreocupada, y nadie le dio la verdadera respuesta a su argumento: que al arrancarla mataría la planta, y que no hay Verdad en una planta muerta, sino en una viva. Así que, una noche oscura, cuando las nubes cubrían la luna como un secreto demasiado bueno o demasiado malo para ser revelado, el niño bajó por las viejas y crujientes escaleras de su casa de campo y, vestido con su camisón, se deslizó hacia el jardín. Se repetía constantemente que daba igual arrancar esa planta como

golpear, distraídamente, la cabeza de un cardo en el camino. Sin embargo, la oscuridad que había elegido lo contradecía, al igual que su propio pulso palpitante, pues se decía una y otra vez que, a la mañana siguiente, podría ser crucificado como el blasfemo que había arrancado el árbol sagrado.

Tal vez lo habrían crucificado si hubiera arrancado la planta. No lo sé. Pero no la arrancó, y no fue por falta de intentarlo. Cuando agarró la pequeña planta en el jardín, tiró y tiró, pero descubrió que estaba firmemente aferrada a la tierra, como si estuviera soldada. En su tercer esfuerzo, un ruido espantoso sonó detrás de él, y ya fuera por los nervios o (lo que él habría negado) por la conciencia, saltó hacia atrás, tambaleándose y mirando a su alrededor. La casa donde vivía era solo una masa oscura contra un cielo casi igual de negro. Sin embargo, tras observar un rato, notó que el contorno le resultaba extraño: la gran chimenea de la cocina se había caído, torcida y desastrosa. Desesperado, dio otro tirón a la planta, y escuchó a lo lejos el techo de los establos desplomarse, mientras los caballos relinchaban y se agitaban. Luego, corrió a la casa y se metió dentro de las cobijas.

A la mañana siguiente, la cocina estaba en ruinas, la comida del día destruida, dos caballos muertos y otros tres se habían escapado y nadie los había podido encontrar. Sin embargo, el niño aún mantenía una feroz curiosidad. Poco después, cuando una niebla densa cubrió la casa y el jardín, volvió a intentar arrancar las raíces de la indestructible planta. Se aferró a ella como en un tira y afloja, pero la planta no cedió. Solo se oían, a través de la niebla gris del mar, gritos ahogados y aterrorizados: decían que el castillo del rey había caído, que las murallas que cubrían la costa habían desaparecido, que la mitad de la gran ciudad costera se había sumergido en el mar.

Entonces, el niño se asustó por un tiempo y no volvió a hablar de la planta. Pero cuando llegó a una fuerte y despreocupada adultez, y la destrucción en el distrito se había reparado poco a poco, habló abiertamente ante el pueblo: «Terminemos de una vez

con el enigma de esta planta irracional. En nombre de la Verdad, arranquemosla de raíz». Y reunió a un gran grupo de hombres fuertes, como si fueran un ejército enfrentando a invasores, y todos agarraron la pequeña planta y tiraron de ella día y noche.

La Gran Muralla China se desplomó en cuarenta millas. Las Pirámides se desmoronaron en piedras irregulares. La Torre Eiffel en París cayó como un bolo, matando a la mitad de los parisinos. La Estatua de la Libertad en el puerto de Nueva York se derrumbó de repente, aplastando la flota estadounidense. La cúpula de la Catedral de San Pablo en Londres mató a todos los periodistas de Fleet Street. Japón sufrió una serie récord de terremotos antes de hundirse en el océano. Algunos afirmaron que estos dos últimos incidentes no fueron realmente calamidades, pero no entraré en ese debate. Lo importante es que, tras tirar veinticuatro horas, los hombres fuertes de ese país habían destruido aproximadamente la mitad del mundo civilizado, pero no lograron arrancar la planta.

No aburriré al lector con todos los detalles de esta historia realista, como el uso de elefantes y luego de máquinas de vapor para intentar arrancar la flor, cuyo único resultado fue que la planta siguió inmóvil mientras la Luna comenzaba a agitarse y hasta el Sol pareció tambalearse. Al final, la humanidad intervino, como siempre lo hace, mediante una revolución. Pero mucho antes de eso, el niño, o el hombre que es el héroe de este relato, había abandonado la tarea, limitándose a decir a sus pastores y maestros: «Me dieron muchas razones elaboradas e inútiles para que no arrancara este arbusto. ¿Por qué no me dieron las dos razones verdaderas? Primero, que no puedo hacerlo. Segundo, que si lo intento, destruiré todo lo demás».

Todos aquellos que, en nombre de la ciencia, han intentado arrancar de raíz la religión me recuerdan mucho al niño pequeño en el jardín. Los escépticos no logran arrancar las raíces del cristianismo, pero sí logran arrancar las raíces de la vid y la higuera de cada hombre, de su jardín y de su huerto. Los secularistas no

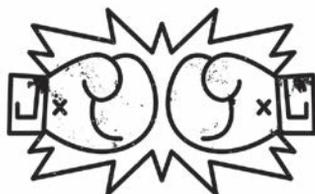
han conseguido destruir lo divino, pero sí han logrado arruinar lo terreno. No se puede demostrar que una religión sea monstruosa al final; una religión es monstruosa desde el principio. Se presenta como algo extraordinario y se ofrece como algo extravagante. Los escépticos, en el mejor de los casos, solo pueden pedirnos que rechacemos nuestro credo por considerarlo algo salvaje. Pero nosotros lo hemos aceptado precisamente como algo salvaje.

Y entonces llega la curiosa experiencia práctica que ha ratificado la religión en nuestra conciencia para siempre. Los enemigos de la religión no pueden dejarla en paz. Intentan, con esfuerzo, destruirla. No pueden destruir la religión, pero sí acaban con todo lo demás. Con sus deconstrucciones y luchas no han causado estragos en la fe, que es trascendente por naturaleza y permanece intacta frente a todo lo demás. Pero han causado (si eso les consuela) ciertos estragos en la moral y en el sentido común.

Los opositores de la religión, al menos, no nos obligan a aceptar sus axiomas. Sin embargo, sostienen doctrinas de locura y desesperación. No nos afectan directamente, pero se precipitan más allá de nosotros, cayendo en el pantano y el abismo. El señor Blatchford no puede forzarnos a aceptar que el hombre no es la imagen de su creador, ya que esa afirmación es tan dogmática como su negación. Pero sí sostiene una afirmación absurda e intolerable: que no debo culpar a un asesino, ni alabar a quien lo derriba. Los evolucionistas no pueden empujarnos, a causa de las gradaciones indefinidas en la naturaleza, a negar la personalidad de Dios, pues un Dios personal podría obrar mediante gradaciones igual que de cualquier otra manera. Pero ellos, a través de esas gradaciones, terminan negando la existencia de un señor Jones personal, ya que está sujeto a la evolución y, así, sus contornos se desdibujan. Los evolucionistas arrancan el mundo, pero no pueden arrancar la flor. Los titanes nunca escalaron el cielo, pero devastaron la tierra.

PRIMERA PARTE
DEBATES

CHESTERTON VS. COULTON



Austin Johnson, en su prefacio a la obra *La superstición del escéptico* —publicada en 1925, exactamente hace 100 años—, menciona que esta conferencia fue presentada en el Club I.D.K. Un nombre curioso para un club de debate, del cual hoy en día apenas se tiene conocimiento. Este club inglés, envuelto en un halo de misterio, carece de aclaraciones oficiales sobre el significado de sus siglas, lo que alimenta aún más su enigma. Ni siquiera en la serie titulada *IDK Club Booklets*, de la cual esta conferencia y su correspondencia constituyen el primer número¹ que hoy se presenta por primera vez al público hispanohablante, se encuentra una aclaración al respecto. Sin embargo, el ingenio de Chesterton, siempre hábil para deshacer enredos, nos ofrece luz sobre su significado, incluso en un sentido filosófico, en el capítulo VI de su *Autobiografía* (1936). Escribe con humor (cómo podría no hacerlo):

En Bedford Park había un club de debate donde, por primera vez, expuse mis ideas, toscas y rudimentarias, acompañadas de una retórica aún más burda. El lugar merecía, sin duda, un trato mejor. Todo resultaba divertidísimo. El club se llamaba «I.D.K.», y se decía que una pesada losa de silencio ocultaba el verdadero significado de sus iniciales. Tal vez los teósofos realmente creían que representaban de «India's Divine Karma»², mientras que los socialistas lo interpretaban como «Individualists Deserve Kicking»³. Sin embargo, era una estricta norma del club que sus miembros aceptaran ignorar el significado de las siglas, al igual que en el movimiento político

¹ Cf. Chesterton, G. K. *The superstitions of the sceptic, with a correspondence between the Author and Mr. G. G. Coulton*, Ed. Austin H. Johnson, No. 1, Cambridge, Heffer & Sons LTD., 1925.

² «El karma divino de la India».

³ «Los individualistas merecen una patada».

norteamericano del «Know-nothing»⁴. El extraño, el simple intruso en ese sagrado recinto, preguntaría: «Pero, ¿qué significa I.D.K.?». Se esperaba que algún mayor se encogiera de hombros y respondiera: «I Don't Know»⁵, de forma natural, con la esperanza de que no se dieran cuenta de que, en su aparente negativa a responder, ya había dado una respuesta. No sé si esta divisa simbolizaba el agnosticismo de hombres como Hankin⁶ o el misticismo de figuras como Yeats⁷, pero, sin duda, ambos puntos de vista estaban presentes, y creo que delineaban bien aquel mundo intelectual que existía entre ellos. Ciertamente, siempre preferí el crepúsculo celta a la oscura noche materialista⁸.

En dicho club, de carácter ecléctico y bohemio, y arena abierta a cualquier tipo de discusión, se desarrolló la presente conferencia. No tuvo lugar en Londres, sino en Cambridge.

Naturalmente, un profesor de la ciudad universitaria que asistió a la conferencia de Chesterton se sintió motivado a escribir a la *Cambridge Review*, de la casa, para expresar sus opiniones sobre el discurso que había escuchado en el Guildhall, un emblemático edificio ubicado en el corazón de Cambridge. Este profesor era George Gordon Coulton (1858-1947), un historiador británico especializado en historia medieval y un ferviente anticatólico (lo que lo convierte en un medievalista anti-medieval). Era *fellow* del St. John's College de la Universidad de Cambridge. Es bien conocida su fehaciente disputa con Hilaire Belloc, un historiador

⁴ Fue un movimiento fundado en la década de 1850 en Estados Unidos. Se centró en la oposición a la inmigración, especialmente de católicos alemanes e irlandeses. Su nombre viene de la negativa a expresar sus actividades internas.

⁵ «No lo sé».

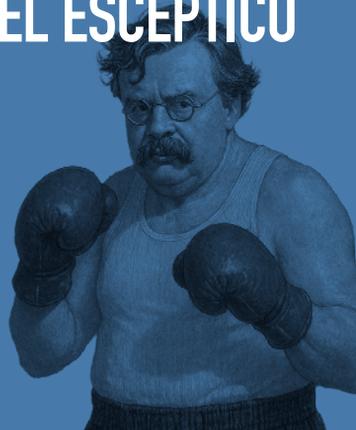
⁶ Es probable que Chesterton se refiera a Henry Hankin (1859-1931). Fue un escritor británico, crítico de la espiritualidad y de la religión. Se mostró a favor del positivismo, apoyando la incertidumbre científica sobre lo divino.

⁷ William Butler Yeats (1865-1939) fue un poeta irlandés. Su obra hace referencia constante a la mitología celta y al misticismo. Premio Nobel de Literatura en 1923.

⁸ Trad. propia. Chesterton, G. K. *Autobiography*, Hutchinson & Co LTD., London 1937, p. 151.

G.K. Chesterton nunca evitaba un buen debate. En este libro, una reunión de sus textos inéditos más provocadores, sus polémicas más controvertidas y sus debates más agudos, desafía a los escépticos con su estilo único, cargado de paradojas y giros ingeniosos. Con humor, inteligencia y lógica, desmantela las certezas vacías demostrando que quienes niegan todo acaban dudando incluso de lo más simple. Enfrentándose a figuras como George Bernard Shaw y Bertrand Russell, Chesterton demuestra no solo su agudeza en el debate, sino también su espíritu generoso y su libertad de pensamiento. Defiende la verdad no solo con argumentos, sino con una profunda conexión con lo real, luchando contra el error y la indiferencia que amenazan el sentido común.

LA SUPERSTICIÓN DEL ESCÉPTICO



Depósito Legal: M-9488-2025



ISBN: 978-84-1339-230-1



9 788413 392301